

Ahíndra

Tamara Alense Agudo

-Me encanta esta novela, tiene un final muy bonito- Comentó Evan mientras acariciaba el libro.

-No me gustan los finales felices, no son reales- Respondió su amigo Jinx.

-¿Por qué tienes que ser siempre tan agorero?- Le preguntó tirándole un boli a la cabeza.

-No soy agorero, estoy preparado- Contestó tras interceptarlo justo antes de que le golpease.

-¿Preparado para qué?- Se burló Evan.

-No lo sé, pero tengo el presentimiento de que mi momento se acerca. Y no me preguntes qué es eso de “mi momento” –dijo poniendo énfasis en sus dos últimas palabras y depositando el boli en el suelo- porque tampoco lo sé.- Dicho esto se levantó y se fue.

-¡Estás como una cabra! Lo sabes, ¿no?- Gritó para que lo oyera justo antes de salir.

Jinx siempre había sido el rarito de clase. No era gótico, no estaba deprimido, no tenía baja autoestima, era solo terriblemente pesimista. Sin embargo, Evan llevaba siendo amigo suyo desde que lo conociera en primaria y sabía que era una buena persona y que, contrario a lo que creían sus compañeros, no se comportaba así para buscar atención, simplemente era así. Cuando le insultaban y se burlaban de él, Evan siempre saltaba a defenderle, pero entonces él hacía un gesto con la mano y le lanzaba esa mirada de “no vale la pena, no valen la pena” y Evan se enfadaba con ellos por insultarle y con Jinx por no defenderse y no dejar defenderle.

Después de aquella extraña situación con Evan, Jinx salió de casa de su amigo sintiéndose abrumado, como si un enorme peso invisible reposara sobre su cabeza intentando aplastarlo. A esa sensación se le unió un profundo desasosiego y comenzó a recorrer las calles que le llevarían a su casa, con quienes hacía algún tiempo pensaba que eran sus padres. Era adoptado, hacía ya seis años que se lo habían dicho; una semana antes de su décimo cumpleaños le habían sentado en el sofá y le habían explicado que lo encontraron en el londinense Hyde Park y no pudieron desprenderse de él, tan pequeño, tan indefenso. También le dijeron que al encontrarlo les llegó una carta que decía que era imprescindible que su nombre fuera Jinx, y que lo cuidaran hasta la mayoría de edad. No sabían quién había enviado la carta, aunque supusieron que eran sus padres biológicos, y tampoco explicaba por qué lo habían dejado abandonado a su suerte en un lugar donde le podría haber pasado cualquier cosa.

No sabía por qué había escogido justo ese momento para pensar en todos aquellos recuerdos, pero tenía un extraño presentimiento, y la calidez veraniega con que los rayos del sol acariciaban su piel no disipaba su inquietud.

Llegó con pesadez al umbral de su puerta y abrió, al entrar al salón se encontró con la cara de preocupación de sus padres -porque a pesar de todo los seguía considerando sus padres-, le hicieron sentar en el sofá y le contaron que acababan de encontrar una carta que decía que en una semana recibiría una visita de vital importancia y que emprendería un viaje que le cambiaría la vida para siempre. La carta no estaba firmada, no sabían cómo había llegado al salón porque la alarma no había saltado, pero lo más extraño era que, en la parte de abajo de la carta, había un sello con la misma forma que la marca de nacimiento de Jinx, una espiral.

No sabía qué pensar, ¿serían sus padres, que volvían a buscarle? ¿Y por qué tres semanas antes de su cumpleaños, el 25 de julio? De todas maneras, no sabía si era cierto, ¿y si llegado el momento nadie se presentaba? Sólo podía hacer una cosa: esperar. Y mientras esperaba hizo las maletas, porque pese a todo debía estar preparado.

Pasó la semana sin volver a ver a Evan, pese a que era su mejor amigo, pues Jinx seguía pensando que Evan no le tomaba en serio cuando hablaba de sus presentimientos. No se lo podía recriminar realmente, eran algo extraño y no tenían ninguna razón de ser. Pero aún así, no dejaba de pensar que si de verdad era su amigo, debía confiar en él y no burlarse de algo que, aunque para él no era más que una tontería, para Jinx era algo importante.

Había llegado el día, su incertidumbre llegaba hasta límites insospechados y ni siquiera pudo desayunar. En su lugar cogió su libro favorito y fue a leer bajo el sauce de un parque cercano a su casa para menguar los nervios. El sauce era su árbol favorito, tenía un aura especial y leer a su sombra siempre lo tranquilizaba, sus alargadas ramas le transmitían una calma que nada más podía, por eso cuando tenía problemas siempre acudía allí.

Tras una hora de buena lectura algo interrumpió su concentración: un hombre que caminaba –o más bien parecía deslizarse- hacia él desde la puerta oeste del parque. Era un hombre alto y esbelto, de mediana edad y con una larguísima melena lisa y negra, al igual que todas sus vestimentas; llevaba una larga túnica negra que ondeaba al viento con el más mínimo soplo de la brisa, y en las manos sostenía un sombrero también negro con una forma que Jinx no había visto nunca. Increíble, ¡en pleno julio y tan abrigado! A medida que se acercaba pudo ver que su piel era blanca, pero no del pálido de los enfermos, sino una blancura inexplicablemente hermosa. Se dio cuenta de que no había dejado de mirarlo desde que lo vio cuando el hombre se paró delante de él y le tendió su mano. Parpadeó. Volvió a la realidad y se levantó para estrecharle la mano. Era indescriptible; estaba fría y cálida al mismo tiempo. Le miró a los ojos y se dio cuenta de que estos también eran negros, tan negros que no se distinguía la pupila del iris y podía verse reflejado a sí mismo como si de un espejo se tratase. Miró a través de ellos y se perdió.

El tiempo dejó de existir y de repente ya no estaba en el parque, sino en un lugar donde la luz y la oscuridad eran un todo y el espacio y la materia formaban parte de él. Su mente y su cuerpo parecían dos realidades nuevas con vida propia, podía sentir el fluir de sus pensamientos y sus sentidos eran mucho más agudos. Escuchó la voz del hombre, no sabía cómo pero sabía que era su voz: “Jinx, tu momento ha llegado, es hora de que regreses a tu hogar y digas adiós a este mundo, porque no perteneces a él. Eres el último Sedebaquo y tu lugar está en Ahíndra, siente la profecía...”

~Del vientre de la concubina del rey nacerá un niño llamado Jinx que poseerá el Don. A los tres días de nacer se le transportará mediante un portal a Hyde Park, en la Tierra, donde una pareja lo adoptará y lo cuidará como sangre de su sangre. Tres semanas antes de su decimosexto cumpleaños, cuando llegue a la mayoría de edad, el mismo Ocluvens al que se le presenta esta profecía irá a buscarlo, y lo regresará a Ahíndra para destronar al opresor~

Al escuchar la profecía, que sonaba distante pero con voz grave y profunda, veía imágenes: al principio vio a un hombre alto, de melena plateada aunque era joven y ojos grises, como los de Jinx, junto a una mujer embarazada un poco más menuda pero de mirada fuerte, con el pelo castaño rebelde, igual que el de Jinx, y una cara de preocupación que compartía con el hombre. Después la imagen cambió y la mujer ya no

estaba con él, sino con un bebé recién nacido con una marca en forma de espiral en el pecho. La mujer lloraba al entregar el bebé a unos brazos de hombre. Vio a sus padres adoptivos cogiendo en brazos al bebé y después firmando unos papeles que llevaban su nombre y, por último, contempló la escena que acababa de suceder, el hombre vestido de negro caminaba hacia él con paso decidido.

Salió de aquel lugar extraño en el que todo se confundía y en el cual había visto lo que creía que eran fragmentos de su pasado y se sintió más aturdido que nunca. Estaba tumbado en la hierba, boca arriba. Al parecer se había caído. Se incorporó lentamente y tuvo miedo de mirar de nuevo al hombre. Pero hizo acopio de valor y lo miró. Cara a cara.

-¿Quién eres? ¿Qué ha pasado? ¿Qué es Ahíndra?- Tenía tantas preguntas por hacer que se le hicieron un lío en la cabeza. Nada tenía sentido- ¿Quién soy?

Esta vez sí escuchó la voz del hombre de sus labios y le pareció melodiosa y asombrosamente tranquilizadora.

-Yo soy Sheizhar, el Ocluvens al que se presentó tu profecía. Eso que te he enseñado son algunos de mis recuerdos de ella. Ahíndra es una tierra en la que vosotros llamáis otra dimensión y tú, querido amigo, tú eres Jinx, hijo de Aralix. Eres el último Sedebaquo y el legítimo rey de Ahíndra- Y al decir esto último hincó una rodilla en la hierba e hizo una especie de reverencia.

Cuando llegó a casa con Sheizhar sus padres estaban en la cocina y se sobresaltaron al ver a tan extraño hombre en su casa. Él se disculpó por haberlos asustado con su nota y aclaró que sería decisión de Jinx aceptar o no el viaje, pero antes debía saber el por qué y con qué propósito. Sin salir de la cocina les contó que Aralix, el padre de Jinx, había sido el rey de Ahíndra y que sospechaba que el padre de su mujer urdía un plan para matarle y hacerse con el poder, pero su amante estaba embarazada, por lo que tenía que esconderla. Justo cuando Aralix fue a casa de Qalire, su amante, para contarle sus intenciones, un Ocluvens les informó de la nueva profecía que se le había presentado y a los tres días de nacer Jinx esta se hizo cumplir, lo trasladaron mediante un portal abierto por un Hulm –una especie de druida con poderes para transportar personas de su dimensión a otras- a Hyde Park, donde lo encontrarían sus padres adoptivos. Le contó que Aralix fue asesinado por el padre de su esposa en aquel tercer día y que, al igual que él, tenía el Don. Ese era el significado de ser Sedebaquo, poseer el don de controlar los animales, las plantas, el viento, el fuego, el aire y la tierra de aquel mundo. Por eso tenía la marca, la espiral en el pecho.

Le contó que un rey de Ahíndra era muy distinto a los antiguos reyes de la Tierra. Si un rey de Ahíndra daba el más mínimo signo de intentar abusar de su poder se le daban dos opciones: abdicar o morir. Pues quienes intentaban seguir en el poder a pesar del descontento del pueblo nunca vivían más de tres días tras rechazar esa primera opción. Sin embargo, Naskay, el asesino de su padre, había sembrado el terror por cada rincón de aquella tierra y nadie le había plantado cara, esperando todos al último Sedebaquo, que les liberaría de la miseria y el sometimiento.

Tras escuchar el relato de Sheizhar el único pensamiento de Jinx le salió disparado sin tener tiempo para pensarlo: -¿Cómo volvemos?- Sheizhar sonrió al ver la disposición que mostraba un muchacho tan joven y que apenas se acababa de enterar de quién era y de dónde venía realmente. Pero antes debía saber exactamente a dónde volvían: “Creo que así lo entenderás: Maní es como la Tierra y Ahíndra es como Inglaterra. Es decir, Maní es el planeta donde está Ahíndra, nuestro reino, y la capital de Ahíndra es Raetern.”

Después de comer Jinx guardó en una mochila sus libros favoritos, una muda de las que había guardado en la maleta, que no se llevó debido a que su ropa no encajaba muy bien con las costumbres de Maní, y un pijama. Se puso la pulsera que le regaló Evan en su pasado cumpleaños y estuvo listo. Entonces se dio cuenta de que debía despedirse de Evan, después de todo no sabía si podría volver a verlo. Así que tras despedirse de sus padres con muchos abrazos, besos y lágrimas, se encaminaron hacia la casa de su amigo.

Cuando llegaron no había nadie, seguro que había ido con sus padres al teatro. En aquella familia todas las artes eran muy apreciadas y precisamente esa tarde representaban la obra favorita de Evan. Debería haberlo recordado, Evan lo había invitado antes de su discusión y, aunque la obra empezaba más tarde, siempre salían a dar una vuelta antes del teatro. No podían esperar a que Evan regresara a casa así que escribió una nota y la metió por debajo de la puerta. Ya no tenía sentido retrasar más la partida. Se dirigieron a Hyde Park y, una vez dentro, buscaron un sauce al lado de una pequeña fuente. El sauce tenía una gran abertura en el tronco, incluso podría pasar un hombre adulto. Y eso fue precisamente lo que hicieron, Sheizhar lo agarró del brazo y lo hizo pasar primero. Sintió como si cruzara una cascada de agua helada pero no se mojó, sino que se mantuvo completamente seco y, de pronto, ya no estaba en Londres, ahora estaba en Ahíndra, su hogar. Lo sintió nada más llegar. Era una cálida sensación que le recorría por las venas, como un cosquilleo. Supo que era el Don.

Se sintió completo por primera vez en su vida, se sintió feliz. Pero pronto se dio cuenta de que era un peligro. No lo sabía controlar. En la habitación en la que habían aparecido había una vela y con sus agitadas emociones consiguió que la llama creciera desmesuradamente hasta un punto en que casi prendió el techo, con el pánico se levantó una ráfaga de fuerte viento que apagó la vela, sí, pero también le envió volando hacia el otro extremo de la habitación, estampándolo contra la pared, y a Sheizhar, que ya había llegado, también. Con este sentimiento de temor por sus propios actos, la temperatura descendió hasta que le castañetearon los dientes. Sheizhar, que ya había previsto que estas cosas pudieran pasar, lo calmó y le preparó una suave infusión especiada que era, según le contó, precisamente para ayudar a controlar los poderes del Don. Nadie esperaba que supiera controlar a la perfección sus poderes. Era algo normal, lo tranquilizó Sheizhar. Sin embargo, antes de presentarlo a la Hermandad debían mejorar aquella situación, o de lo contrario sería un desastre.

El brebaje que le había preparado le ayudaría a controlar los efectos más exagerados de los poderes producidos por sus emociones, pero no era una solución completa ni permanente. En cuanto Jinx se encontró con fuerzas, comenzaron con su entrenamiento. Debía dejar la mente en blanco, relajarse y después intentar pequeñas cosas. Tras varios intentos no tan desastrosos como cabría pensar, comenzó a notar una importante mejoría. Sheizhar estaba impresionado por su rápido aprendizaje. Antes de la cena ya era capaz de hacer posar a un petirrojo en su mano y florecer -muy lentamente- el asfódelo que crecía en el pequeño jardín trasero de la casa de madera en la que vivía el Ocluvens.

Cuando llegó la hora de cenar entró en la casa un anciano ataviado con una larga túnica amarrada y un cordel gris a modo de cinturón. Llevaba una cesta de mimbre colgada del brazo y estaba repleta de hierbas, flores y raíces. No parecía para nada sorprendido de ver a Jinx allí, y mientras sacaba el contenido de la cesta y lo organizaba encima de la mesa sólo hizo una pregunta:

-¿Está presentable el muchacho?- Dijo sin levantar la vista, mientras metía un puñado de raíces en un cuenco de cerámica.

-Creo que estará “presentable” para mañana por la noche. Y no te quepa ninguna duda de que estará listo cuando llegue el día. Hay que correr la voz, no puede faltar nadie. No será como en las otras reuniones, esta vez tenemos que estar la Hermandad entera, incluso los pertenecientes al Consejo de Naskay. Tienen que buscar una excusa para salir sin sospechas, pero no pueden faltar.- Contestó Sheizhar seriamente. Parecía que lo tenía todo muy calculado.

-Tú ocúpate de que el chico no haga el ridículo y yo me encargaré de lo demás- Fue todo lo que respondió el otro hombre.

Jinx se sentía confuso, Sheizhar le había mostrado un gran respeto (después de todo era un miembro de la realeza. El legítimo rey, para ser exactos) sin embargo aquel anciano se había referido a él como a una mascota a la que hubiese que enseñar a no hacer pis en casa. Exteriorizó sus pensamientos mientras untaba una extraña salsa azul en el pequeño pedazo de torta que le quedaba de la gran cena, y la respuesta lo confundió aún más.

-Eres un pequeño Ocluvens teatrero, Sheizhar.- Dijo el anciano sonriendo.

-Y tú eres un viejo Hulm cascarrabias, Valro.- Contestó el Ocluvens bromeando, mientras Valro recogía su plato y se iba.

Sheizhar le aclaró que en realidad un rey no era tratado como él se imaginaba, sino como a otro más. Con respeto, sí (aunque primero tenía que ganárselo, y él acababa de llegar, de ahí que Valro no mostrara un gran respeto por su legítimo rey), pero sin esa parafernalia de adoración que normalmente acompañaba a la realeza en la Edad Media, e incluso en ocasiones en la actualidad, en la Tierra. Sólo había actuado así para que ese viaje que le ofrecía le resultase más atractivo, pues era esencial la presencia de Jinx para que la profecía se cumpliera y su plan saliera bien. Le pidió que no tomase en cuenta la actitud de Valro, y que no se enfadase con él por haberle creado unas falsas expectativas de lo que le esperaba allí en Ahíndra. Jinx aprovechó que estaban solos y le preguntó acerca de sus padres, quería saber todo lo que pudiera, ya que se separó de ellos cuando tan sólo era un bebé y no los volvería a ver jamás, porque estaban muertos. Sheizhar le contó que apenas los había conocido y que, además, ambos provenían de estratos sociales muy diferentes.

-Mi maestro, el Ocluvens Mayor Ghinnev, sí conoció a tu padre. De hecho trabajó para él. Aquí en Ahíndra es costumbre que la Corte disponga de al menos un Ocluvens, un Hulm y un Sanador, y estos siempre son los mejores, pero para ser el mejor tienes que tener mucha experiencia, por lo que suelen ser ya ancianos, o casi. La cuestión es que mi maestro me habló mucho de tu padre. Siempre decía que era un buen hombre, que intentaba reinar lo mejor posible, pero que siempre se encontraba con la oposición del Consejo, un grupo pequeño de supuestos expertos en política pero que en realidad no hacían más que estorbarle e intentar acaparar poder y dinero, aunque tampoco es que les hiciera mucho caso, ya que contaba con el apoyo de la Cámara. La Cámara es una representación de las distintas partes de Ahíndra -dijo al ver la cara que ponía Jinx-, pero me has preguntado por tus padres, no por la política. Eso también lo tendrás que aprender, pero otro día.

“Tu padre, como decía, era un buen hombre. Su matrimonio era una farsa, ni Ynnea amaba a tu padre, ni él la amaba a ella. La familia de Ynnea había pactado con la familia de tu padre su matrimonio cuando ambos eran pequeños y, aunque se hicieron buenos amigos, ninguno de los dos estaba enamorado del otro. El padre de Ynnea era un hombre ambicioso y, en cuanto supo que Aralix había nacido con el Don comenzó a trabar amistad con la familia de tu padre, que era demasiado inocente para comprender

que Naskay era un mal tipo que solo ansiaba el poder. Se fiaron de él, y cuando el anterior rey a tu padre, Jalhem, murió sin descendencia, Naskay convenció a tu padre para presentarse a rey y se encargó de que no tuviera a nadie en su contra, aunque tampoco habría hecho falta, ya que tu padre ya tenía el apoyo de toda Ahíndra. Hubo algunos años tranquilos, pero luego Naskay empezó a intentar meterse demasiado en las decisiones de tu padre y, cuando no lo consiguió, compró a los integrantes del Consejo para que lo apoyaran y hablaran por él ante tu padre, creyendo que si escuchaba sus planes de boca de unos expertos no dudaría en seguirlos. Pero Aralix sabía ya cómo era Naskay y dejó de lado al Consejo, acudiendo sólo a la Cámara. Pronto se dio cuenta de que con eso se había ganado a un enemigo demasiado poderoso, pues como ya te habrás dado cuenta Naskay era tremendamente rico, y comenzó a sospechar que este tenía planeado asesinarle de manera que pareciese un accidente o una muerte natural y hacerse con el poder, que es precisamente lo que pasó.”

“Aproximadamente en la época en la que tu padre comenzó a ignorar al Consejo, conoció a tu madre durante uno de sus paseos diarios por Raetern. Qalire era Sanadora en un barrio de las afueras, era muy conocida porque atendía fuese la hora que fuese, nunca cobraba a los que no podían pagar, y además era muy buena. Pero la expulsaron de la Orden por diferencias con algunos superiores, no sé muy bien la historia. Lo importante es que tu padre vio a un niño que estaba tirado en una calle desierta, escupiendo sangre, y lo llevó a tu madre porque había oído hablar de ella. Tu madre, a la que no le gustaban mucho las autoridades y las figuras importantes, se quedó un poco confundida porque jamás pensó que el rey se encargara él mismo de llevar a un niño en brazos para que fuese atendido. Tu padre fue los días siguientes para interesarse por el niño, y cuando éste estuvo curado siguió yendo a verla. Pero no te creas que se lo ocultó a Ynnea. No, él se lo dijo todo desde un primer momento y de hecho a ella no le importaba, pero de alguna manera su padre se enteró y a él sí le importaba. Lo veía como una afrenta, algo que manchaba el honor de su familia. Naskay ya estaba muy enfurecido con tu padre y cuando se enteró de que tu madre estaba embarazada de ti, eso fue la gota que colmó el vaso. Si Aralix tenía descendencia con alguien que no fuera su hija él quedaría totalmente apartado de cualquier posibilidad de ostentar el poder. Para él, tú eras una amenaza, y después de la profecía, mucho más.”- Hubo un silencio mientras Jinx asimilaba todo lo que Sheizhar le había contado.

-¿Me queda alguna familia? No sé, tal vez mis abuelos o tíos. ¿Tengo tíos?- Preguntó Jinx mientras intentaba ocultar una lágrima que caía por su pálida mejilla.

-Tu padre era hijo único pero tu madre sí tenía hermanos. Olin, su hermano menor, murió en una reyerta el primer año de gobierno de Naskay y su hija Jaleen quedó a cargo de su hermana mayor, Diedre, porque la madre de Jaleen murió en el parto. Ambas viven ahora amparadas por la Hermandad. Tu prima Jaleen es un año mayor que tú, si todo sale bien la podrás conocer muy pronto. En cuanto a tus abuelos, lo siento pero todos han muerto ya. Sin embargo, tus padres me dejaron algo cuando les hablé de la profecía- Sheizhar se levantó y se acercó a uno de los muebles de madera que había en la estancia, abrió una puertecilla y un cajón, de donde sacó un pequeño cofre también de madera, pero esta era mucho más oscura que los muebles. Volvió a la mesa y le entregó el cofre a Jinx- Esto es para ti. No sé lo que hay dentro y, a no ser que quieras decírmelo, seguiré sin saberlo. Ven, te diré dónde vas a dormir.

Sheizhar volvió a levantarse y esta vez Jinx lo siguió, con el cofre en la mano, preguntándose qué contendría. Lo llevó hasta una pequeña habitación en la que había una cama un tanto extraña, era un poco ovalada y sobresalía de una especie de hoyo en el suelo de madera y, cuando Jinx se sentó en ella se dio cuenta de que no era lana ni ningún otro tejido lo que conformaba el interior del colchón, sino agua. El material con

el que estaba recubierto era muy suave, pero parecía resistente y algo elástico. Sheizhar le indicó un mueble con múltiples cajones y puertas y le dijo que allí encontraría ropa que ponerse durante el tiempo que estuviera allí, le dio las buenas noches y salió de la habitación.

Jinx quedó allí, sentado en aquella cama de agua con sábanas suavisimas, sujetando el cofre con ambas manos. Le temblaron los dedos cuando fue a abrirlo y, cuando comenzaba a abrir la tapa, cerró los ojos. No sabía si estaba preparado para ver el contenido de aquel cofre, todo lo que le había contado Sheizhar le había afectado mucho y si lo abría tendría que enfrentarse a más emociones esa misma noche. Sin embargo, dentro de aquel pedazo de madera se ocultaba lo único que le quedaba de sus padres biológicos. Tenía que verlo, tanto por ellos como por sí mismo. Así que, finalmente, abrió los ojos. Vio dos pergaminos, un colgante y un cinturón. Se dijo que sería mejor leer los pergaminos antes de coger ninguno de los dos objetos, así que cogió el primero, desató el nudo del cordel blanco con el que estaba atado y se dispuso a leerlo.

“Mi querido hijo Jinx:

Debes estar a punto de cumplir dieciséis años si estás leyendo esto, se me hace muy extraño, pues mientras lo escribo tú aún estás en mi vientre, dándome patadas (aunque no por mucho tiempo, no tardarás en nacer). Per lo que me ha dicho Sheizhar, el Ocluvens (ya debes de conocerlo), has pasado todos estos años fuera de Ahindra, incluso fuera de Maní, en un lugar llamado Londres. Espero con todo mi corazón que te hayan tratado bien, aunque el Ocluvens me asegura que es así, no puedo evitar preocuparme. Y más aún sabiendo lo que te espera en un futuro, enfrentarte a un tirano, los Hados se han vuelto locos! No me importa que con dieciséis años ya seas mayor de edad, ¡sigues siendo un niño! Pero en vista de que no lo puedo evitar y de que no podré estar ahí para protegerte, te dejo a Nayam, este colgante, la razón por la que me expulsaron de la Orden. Póntelo, te protegerá. No es un colgante normal, tiene un poquito de mí, y espero sinceramente que nunca averigües qué significa eso, porque querría decir que te has visto en serio peligro.

Antes de despedirme tengo que decirte que, si de mí dependiera, jamás me desprendería de ti. Sin embargo, me temo que si tu padre y yo no te dejamos ir, morirás. Nosotros no podemos acompañarte, la profecía no nos lo permite, pero nada nos haría más felices que verte crecer a salvo de todo esto, aunque fuese en otro mundo.

Con amor,

Qalire.”

Con lágrimas en los ojos, Jinx se aferró al colgante que le regalaba su madre. Se trataba de un fino cordón de algún tipo de metal blanco del que pendía un elegante

cristal en forma de bipirámide trigonal (seis triángulos que forman dos pirámides unidas por la base). No pudo evitar emocionarse, no le cabía la menor duda de que lo quería porque, a pesar de que él no sabía qué tenía de especial aquel colgante, supo que significaba mucho para su madre, que creía que lo protegería en un futuro. Quiso saber por qué su madre creía que no iba a volver a verlo, y quiso saber también por qué ese pedazo de cristal había sido el causante de que la expulsaran de la Orden. Aquel no podía ser un simple colgante, aunque a simple vista eso era todo lo que parecía. Intentó buscar en el objeto, al que su madre llamaba Nayam, algo especial: una marca, una señal, pero no encontró nada.

Cogió entonces el otro pergamino, no podía ser de otro más que de Aralix, el último rey justo de Ahíndra antes que Naskay, la persona de la cual había heredado sus poderes, su padre.

“Querido Jinx:

Hace menos de una semana yo todavía creía que podríamos vivir felices tu madre, tú y yo, casi como una familia normal (yo ya estoy casado con otra mujer que no es tu madre, pero no nos queremos, y ella ya sabe que yo estoy enamorado de Qalire, tu madre), pero averigüé que el padre de Ynnea, mi mujer, tiene planeado matarnos a ti y a mí. Quería protegeros a ti y a Qalire pero entonces se presentó Sheizhar y nos contó todo lo de la profecía. Ahora sé que sobrevivirás y eso es lo único en lo que quiero pensar, pero no puedo dejar de preguntarme qué será de ti: si estarás bien en ese lugar, si correrás peligro cuando vuelvas a Ahíndra, si querrás volver a ese otro mundo o te quedarás aquí... Me hago todas estas preguntas, pero la que más me inquieta es si sabrás utilizar el poder que tienes. Por lo que sé, nuestro don sólo funciona en Maní, y si no puedes practicar para controlarlo desde pequeño, puede que cuando llegues seas un peligro tanto para los demás como para ti mismo, por eso te dejo este cinturón (obra de un Hulum amigo mío). Te ayudará a controlar tus poderes hasta que aprendas por ti mismo, con el tiempo. Digamos que este es mi regalo por tu mayoría de edad. Me gustaría no tener que hacerte este regalo, me gustaría poder hacerte otro y entregártelo yo mismo y abrazarte, decirte que ya te has hecho mayor, recordarte cosas que hubiéramos hecho juntos... Pero no puedo hacerte ningún otro regalo, ni dártelo yo, ni abrazarte, tampoco te he visto crecer, y no puedo recordarte nada que hayamos hecho juntos, porque no lo haremos, y lo siento.

Te quiere,

Aralix.”

Apenas veía la firma de su padre, tenía los ojos inundados de lágrimas saladas y apartó el pergamino para no mancharlo. Nunca los había conocido, pero ahora los echaba de menos, y deseó con todas sus fuerzas que todo aquello fuera una mentira y que Qalire y Aralix aparecieran por la puerta, sonriendo, que lo abrazaran y que le

dijeran que Naskay ya había sido derrotado, que Aralix volvía a ser el rey y que podrían vivir, de una vez por todas, como una familia. Pero nadie cruzó el umbral de su puerta.

Se enjugó las lágrimas con el dorso de la mano y buscó el cinturón. Era de cuero, con grabados más oscuros en un idioma que no conocía, y la hebilla era un medallón de bronce con una espiral casi exacta a su marca de nacimiento. Al día siguiente, durante el entrenamiento con Sheizhar vería hasta qué punto le ayudaría el cinturón.

Por un momento se quedó mirando los dos objetos que acababa de recibir; en la mano derecha, el cinturón, y en la izquierda, el colgante. Se dio cuenta de que ambos, en sus cartas, habían aceptado ya la muerte como su destino, y ahora su deber era esforzarse al máximo en hacer cumplir la profecía para que las vidas de sus padres no hubiesen acabado en vano.

-No os defraudaré- susurró Jinx a modo de promesa.

Guardó los pergaminos, se puso el colgante y dejó el cinturón en la mesilla con forma de seta plana que había al lado de su cama, se puso su pijama y se echó, esperando dormir. Su vida había cambiado radicalmente en las últimas veinticuatro horas, había descubierto tantas cosas... En aquellos momentos se acordó de sus padres adoptivos, George y Linda, y de Evan, su mejor amigo. Para ellos fueron sus últimos pensamientos antes de caer rendido al cansancio.

Jinx se despertó sobresaltado, alguien le estaba sacudiendo por los hombros con cuidado. A la tenue luz del amanecer vio el níveo rostro de Sheizhar, que le instaba a levantarse. Hoy tenían un gran día por delante. Antes de salir de la habitación, Sheizhar le explicó cuáles eran las túnicas de entrenamiento, las de diario, y las más elegantes para las ocasiones especiales, como la que tendrían esa noche. Jinx se puso el cinturón de su padre encima de una de las túnicas de entrenamiento, se sentía muy extraño con aquella ropa pero a decir verdad era bastante cómoda y cálida, pues aunque en Inglaterra era verano, allí en Ahíndra todavía estaban entrando en la primavera. Fue a desayunar aún bostezando, se llenó de los manjares que estaban encima de la mesa y después fue a lavarse.

Tenía muchas ganas de probar cómo le afectaba el cinturón y Sheizhar se quedó boquiabierto con los progresos de Jinx. Hizo llover tan solo en el estanque del jardín, reunió a toda una familia de los esquivos dihbots (una especie de ardillas del tamaño de un mastín, con una cola pequeña y peluda y unas largas orejas puntiagudas que movían continuamente y que inclinaban hacia atrás cuando estaban muy a gusto), hizo crecer un árbol hasta su misma altura, creó tres pequeños tornados que parecían jugar al pilla-pilla entre ellos, prendió un fuego que adoptaba formas inverosímiles y que le hizo la pedorreta a Sheizhar, que le dijo que se lo tomara en serio y dejara de hacer tonterías, pero no intimidó a Jinx porque se estaba riendo mientras se lo decía. En aquel momento decidieron hacer un descanso, Jinx hizo dar un fruto rojo a uno de los árboles y se lo comió, estaba dulce y tenía mucha agua. Saboreando la jugosa fruta se dio cuenta de lo mucho que le había ayudado el cinturón de su padre y se acordó de Nayam, el colgante de su madre.

-Ayer me dijiste que a mi madre la habían expulsado de la Orden, pues bien, en la carta que me dejó dentro del cofre me dijo que este colgante llamado Nayam- dijo mientras se lo quitaba y se lo mostraba- era el causante de su expulsión. ¿Te dice algo?

Sheizhar tomó el colgante y lo examinó minuciosamente, finalmente lo devolvió a las manos de Jinx, que se lo volvió a poner.

-Está hecho con cristal de Nayatanei, es un cristal muy preciado y escaso que fabrican en el país vecino, cerca de la Cordillera de Keralwat. Nadie sabe cómo lo hacen pero es prácticamente irrompible y se dice que tiene una extraña afinidad con el don de la curación. Tal vez por eso lo tenía tu madre, aunque es tremendamente caro y sé que no se lo hubiera podido permitir. No entiendo por qué este cristal es el responsable de que la expulsaran, la verdad. Lo único que te puedo decir es que el cordón lo fabrican los Hulms, es una aleación de un montón de metales y lo suelen utilizar para conectar portales cercanos y así unirlos en uno solo más grande. Deberías preguntarle a Valro, tal vez él te pueda decir algo más.

-Vale, en cuanto aparezca por aquí se lo preguntaré. Sólo una pregunta más, ¿cuántos dones hay en este mundo? Es que, cada vez que hablamos tú me mencionas un don más y ahora mismo tengo un lío tremendo en la cabeza.

-Claro, no me he dado cuenta de que todo esto es nuevo para ti y que, aunque hables en ahindrasí, la historia no se aprende al pasar por un portal.

-¿Qué quieres decir con que hablo en ahindrasí?- Preguntó Jinx, confuso.

-Se me olvidó decirte que al pasar por el portal aprendiste automáticamente a hablar el idioma de aquí, el ahindrasí. Ya no estás hablando en inglés, Jinx, aunque no te des cuenta.

-Pero si yo aprendí ahindrasí al pasar por el portal, ¿cómo es que ya te entendía antes de cruzarlo?- Jinx seguía sin entender nada.

-Llevo muchos años aprendiendo inglés, dado que sabía que tendría que volver a por ti. Tuve que modificar un poco mis recuerdos de la profecía para que tú los entendieras. Te preguntarás también por qué yo no aprendí inglés al pasar por el portal hacia Londres, pero es que mi origen no está allí. Tú aprendiste ahindrasí porque tu origen está aquí, porque aunque no lo supieras hasta ayer, tú eres ahindrasí, y tu esencia conectó con el portal, aprendiendo así el idioma.

“Bueno, me habías preguntado por los dones, ¿verdad? Como ya te he contado, los Sedebaquos (tú) tienen el Don por excelencia, ya que pueden controlar prácticamente todo: el agua, el aire, el fuego, la tierra, los animales y las plantas. Los Sedebaquos siempre han sido temidos y respetados a partes iguales. Muchos de ellos se han convertido en reyes, otros han decidido apartarse del mundo y marcharse de Ahíndra porque no sabían controlar sus poderes, o porque no les gustaba que todo el mundo los señalase con el dedo, que se comportasen con ellos de manera diferente a los demás. Como ya sabes ese don es hereditario, pero solo al primer hijo que tenga dicho Sedebaquo, ya sea un niño o una niña, por eso hay tan pocos. Aunque en ocasiones nace un bebé con el Don sin que ninguno de sus padres lo tenga, estos son los llamados Sortem Sedebaquos, y generalmente marcan un antes y un después en la historia de Ahíndra.”

“Otro don es el que tengo yo. El don de la profecía, aunque otros también lo llaman el don de la visión. Nosotros los Ocluvens nunca lo llamamos así, porque sabemos que una profecía no es solo ver imágenes, sino también escucharla y sentirla. Como hay relativamente bastantes Ocluvens, vivimos en un castillo en Raetern llamado Ocustel, y nos organizamos en “escalones”, cada escalón tiene asignada una torre, más alta cuanto más alto es el escalón. Tener el don no significa tenerlo todo hecho, sino que hay que aprender, por eso el primer escalón es el de los Iniciados, es decir, los que acaban de entrar en la organización o los que todavía están aprendiendo a utilizar el don (aunque en realidad nunca se deja de aprender). El siguiente escalón lo componen los Meneqai,

que ya saben utilizarlo, interpretan sobretodo las imágenes y los sonidos, aunque también algunos olores y sensaciones. Además los Meneqai se encargan de dar clases a los Iniciados, pero al mismo tiempo ellos siguen aprendiendo de los Tinedam, que es el siguiente escalón. Los Tinedam son, por decirlo de alguna manera, la élite de los Ocluvens, son los que mejor interpretan absolutamente cada imagen, sonido, olor, sensación... todo. De entre los Tinedam se elige al Ocluvens Mayor entre todos los que forman la organización, este toma diferentes decisiones que sé que no te interesan demasiado así que no me entretendré en contártelas. Pero debes saber que, cuando se elige a un Ocluvens Mayor, este toma a un Iniciado como aprendiz, y se encarga de enseñarle personalmente hasta que muere o el aprendiz decide marcharse. Ghinnev, el anterior Ocluvens Mayor, me eligió a mí como aprendiz y me enseñó prácticamente todo lo que sé. Llegué a Tinedam antes que ningún otro en el pasado, con tan solo 11 años. Empecé a los 7 años, como cualquier otro, pero solo estuve un año de Iniciado y tres de Meneqai. El día en que cumplí los 11 años Ghinnev me dijo que había ascendido a Tinedam, fue un día grandioso.”

Jinx notó que Sheizhar tenía los ojos brillantes, llenos de emoción. No supo si se debía al recuerdo de aquel día, al orgullo de convertirse en el Tinedam más joven que hubieran conocido los Ocluvens, o al recuerdo de Ghinnev, su maestro, a quien parecía tener mucho aprecio.

-Además –Continuó Sheizhar tras una pausa- está el don del portal. No te rías, te recuerdo que sin él no podrías haber ido a la Tierra, ni por supuesto haber vuelto a Maní. Los que tienen el don del portal también se organizan, pero en este caso no te puedo decir cómo, porque su estructura interna solo la conocen aquellos que forman parte de ella. Solo sé que es tremendamente compleja y que no todos aprenden lo mismo. Sí, hay algunas cosas que aprenden todos, como el ikés, el idioma que utilizan para abrir los portales (el ikés es un lenguaje antiguo que se utilizaba en todo Maní, de él surgieron el resto de lenguas que se utilizan ahora en las distintas tierras y, de no ser por los Hulms, ese lenguaje habría muerto), y el propio arte de abrir portales.

“Y el cuarto y último es el don de la curación, el que tenía tu madre. A diferencia de los otros dones, todo aquel que tenga el don de la curación está obligado a acudir a la Orden para aprender a utilizar su poder, yo podría haber elegido no ir nunca al Ocustel pero tu madre estaba obligada a ingresar en la Orden a partir de los 5 años. Como podrás imaginar son tremendamente estrictos, aunque es comprensible, pues un fallo de un Sanador podría acarrear la muerte de su paciente. Su organización tiene algún parecido con la de los Ocluvens, solo que los Sanadores tienen más escalones y, a partir del segundo escalón, se van dividiendo en ramas. Es bastante extraño.”

-No, en realidad no lo es tanto -Jinx estaba muy interesado-. Es parecido a los médicos de la Tierra, según van aprendiendo se especializan en distintas enfermedades o partes del cuerpo, ¿no es así como funciona la Orden?

-Sí, algo así. Además, cuando llegan al penúltimo escalón no se quedan en la sede de la Orden, sino que se van a distintos puntos de Ahíndra, donde le dicen sus superiores. En Ocustel siempre hay dos Sanadores, y en todo Raetern hay unos 60 aproximadamente. La mayoría está en las Casas de Ayuda, que atienden a la gente de manera gratuita, pero solo hay una Casa por ciudad y, por grandes que sean, suelen estar siempre llenas, por lo que la gente va a los Sanadores privados, que no son nada baratos. A tu madre la habían destinado a la Casa de Ayuda de Raetern, pues su familia vivía en la capital, pero justo antes de irse pasó algo, ahora sabemos que estaba relacionado con Nayam, y la expulsaron. Ella volvió a Raetern y allí, en su casa, montó su negocio.

Aunque la mayoría de las veces ni siquiera cobraba, pero tenía lo suficiente para vivir y los vecinos nunca la habrían dejado pasar hambre. La querían mucho.”

Pasaron el resto de la mañana poniendo a prueba la destreza de Jinx para utilizar sus poderes (con ayuda del cinturón) y no podría haber ido mejor. Estaba eufórico, y lo que era mejor, eso no afectaba en lo más mínimo a sus poderes. Esperó ver a Valro en la comida para preguntarle sobre Nayam, pero no apareció. Sheizhar le explicó que estaba muy atareado avisando a todos y cada uno de los componentes de la Hermandad, un grupo cada vez más amplio que había estado planeando la caída de Naskay desde la incineración de Aralix y que tenía infiltrados incluso en el Gobierno de Naskay. La Hermandad se reuniría aquella noche para presentarlo a él, a Jinx. Todos le estaban esperando, llevaban esperándolo dieciséis años. Hablaron durante horas de lo que debía decir y hacer, cómo actuar y en qué momento debía mostrar su marca para después exhibir sus poderes.

Al fin llegó Valro, se puso a cuchichear con Sheizhar en la cocina mientras Jinx jugaba con una especie de lagartija sin escamas y de pelo sedoso. Después de que hablaran largo rato, cenaron en silencio. Todo parecía haberse callado de repente. Ni siquiera los insectos del jardín o los animales del bosque que lindaba con él, que la noche anterior hacían siniestros ruidos, se atrevían a romper el silencio sepulcral que reinaba aquella noche. Terminaron de cenar y, mientras Jinx estaba recogiendo, dándole vueltas en su cabeza al asunto del colgante e intentando buscar una manera de preguntarle a Valro que le demostrara que no era un simple niño, Valro lo sobresaltó:

-Tú –dijo agarrándole el brazo-, ¿de dónde has sacado ese cinturón?

-Se lo regaló su padre –Sheizhar intervino antes de que Jinx pudiera hacer nada-. Estaba en el cofre que me confiaron. Se lo entregué anoche.

Valro miraba el cinturón de forma extraña.

-¿Puedes prestármelo un momento? –Preguntó el Hulm sin dejar de mirar el objeto- Por favor –añadió-.

Jinx se quitó el cinturón y se lo tendió a Valro, que lo extendió sobre la mesa en la que acababan de cenar, cogió una pluma y un pergamino y se puso a escribir. Jinx iba leyendo el pergamino a medida que Valro escribía en él, en alguna ocasión se atascaba en una palabra, comenzaba a murmurar cosas sin sentido y después continuaba. No escribió mucho, sin embargo Sheizhar, que también lo estaba leyendo, se tornó incluso más pálido de lo que era (y eso era mucho decir), estaba con los ojos como platos y abría y cerraba la boca como si quisiera decir algo pero no le salieran las palabras. Miró a Valro con esa expresión en la cara y este le dirigió una mirada que Jinx no pudo interpretar, pero que estaba cargada de significado.

“El cinturón obedece al jinete elegido que domina los elementales y tiene el poder de sanar. El jinete elegido despertará a las bestias dormidas y será su señor.”

Jinx pasaba su mirada del pergamino a Sheizhar, que ya había cerrado la boca, de Sheizhar a Valro, y luego otra vez al pergamino, pero no encontraba sentido a nada en absoluto.

-¿Me podéis explicar qué pasa? -Preguntó impaciente- Es mi cinturón, me gustaría saber qué tiene de malo –dijo un poco molesto-.

-No tiene absolutamente nada de malo. Todo lo contrario –Respondió Valro en un tono misterioso-.

Sheizhar pareció salir entonces de su ensimismamiento:

-Las únicas palabras que sé en ikés son Ocluvens, que significa “aquel que ve”, y Sedebaquo, que en ahindrasí se traduciría por algo así como “jinete del destino” –Jinx comprendió que lo que había hecho Valro era traducir las inscripciones del cinturón, que debían estar en ikés, aquella lengua antigua, al ahindrasí-. Tú eres el jinete elegido, si no el cinturón no te habría ayudado a controlar tus poderes esta mañana. Pero no lo entiendo, tú no tienes el don de la curación, así que no tienes el poder de sanar -Sheizhar parecía confuso, miraba a Valro con expresión interrogante, buscando una respuesta en el sabio anciano-.

-Entonces yo tampoco lo entiendo, bueno... -Jinx recordó las palabras de Sheizhar de aquella mañana, cuando le preguntó por el colgante- Tú dijiste que el cristal de Nayatanei tenía afinidad por el don de la curación, tal vez se refiera a Nayam –dijo Jinx pensativo-.

-¿Qué sabes de Nayam? –Preguntó repentinamente Valro, mirando fijamente a Jinx.

-Es el colgante que me regaló mi madre –dijo Jinx, sacándose el colgante de debajo de la túnica y mostrándoselo a Valro-, dijo que tenía un poco de ella.

-No puede ser, es imposible. El auténtico Nayam se creó hace miles de años y fue destruido. Sin embargo... -Valro estaba muy concentrado mirando el colgante que Jinx le había puesto en las manos- Sí, no me cabe la menor duda... Este colgante tiene el poder de sanar, precisamente eso es lo que significa su nombre: Nayam es la palabra en ikés que se utilizaba para nombrar a los que tenían el don de la curación, y su traducción exacta en ahindrasí es “poder de sanar”.

Los tres se quedaron allí, en silencio, observando el colgante de cristal en las manos de Valro, el pergamino con la traducción encima de la mesa y el cinturón extendido a su lado. Jinx no sabía exactamente qué significaba ser el jinete elegido, si Sedebaquo significaba más o menos jinete, entonces es que él era el Sedebaquo elegido. Pero, ¿no era eso acaso a lo que se refería la profecía de Sheizhar? La profecía decía que él sería un Sedebaquo, al igual que su padre, y que volvería para derrotar a Naskay. Él, debido al Don, tenía el poder de controlar el aire, el fuego, el agua y la tierra, que siempre se han llamado los cuatro elementos (así que dominaría los elementales) y tenía a Nayam, que significaba “poder de sanar”. Supuso que las bestias dormidas serían los componentes de la Hermandad que, aunque no estaban realmente dormidas, no podían hacer nada hasta que no llegara él, y eso podía ser el despertar, poder luchar contra Naskay abiertamente. Finalmente, él era el legítimo rey, así que sería su señor, ¿verdad? Por lo tanto, si la inscripción del cinturón significaba lo que él creía no veía por qué a Sheizhar le había afectado tanto, ¿era básicamente su propia profecía!

Al cabo, Valro rompió el silencio. Se hacía tarde y debían partir hacia la reunión, ya le explicarían todo en otro momento. Sheizhar salió al jardín trasero para comprobar algo y al entrar asintió con la cabeza a Valro, el cual comenzó a hablar en una lengua extraña que Jinx supuso sería el ikés y, poco a poco, fue apareciendo en la pared de la cocina un círculo que, al principio, cuando tan solo era un puntito, parecía negro, pero luego se podía apreciar que había multitud de colores girando a toda velocidad. A Jinx le recordó a los charcos en los que caía gasolina, solo que los colores no se encontraban en agua, sino en una oscura matriz que, aunque por un lado parecía líquida por la forma

en que se movían los colores, también le daba la impresión de que no podría traspasarlo. Sin embargo, a medida que el círculo se iba ampliando, iba alargándose y perdiendo color y esa consistencia que lo hacía parecer en parte sólido hasta que, cuando Valro dejó de hablar, era lo suficientemente grande como para que Sheizhar (el más alto de los tres) pasara por él, y quedó completamente transparente. Pasó Sheizhar primero, luego Jinx, que sintió lo mismo que en su retorno a Ahíndra desde Hyde Park, como si pasara por una cascada helada, y por último Valro, que cerró el portal tras ellos. Recorrieron durante largo rato sinuosos pasadizos que se adentraban más y más bajo tierra, del pasadizo principal salían ramificaciones cada pocos metros y, llegados a un punto, se desviaron por una de ellas. Tras varios minutos en aquel laberinto Jinx comenzó a oír voces apagadas que se iban haciendo más nítidas hasta que llegaron frente a una gran puerta de madera negra en cuyo centro tenía grabado su símbolo, la espiral. Sheizhar le instó a tocarlo y, en cuanto lo hizo, la puerta se abrió y las voces se callaron. Se encontró con una gran cámara abovedada, iluminada por docenas de antorchas y ocupada por muchísimas personas, aunque Jinx no se atrevía a hacer un cálculo debía de haber como mínimo trescientas personas, y en la gran sala todavía había espacio.

Jinx respiró hondo y siguió al Ocluvens y al Hulm hasta la plataforma de piedra que presidía la enorme sala. Tras colocarse en el centro de la misma, Sheizhar presentó a Jinx como el héroe prometido que había llegado para salvar Ahíndra de la barbarie impuesta por Naskay. Una vez hubo terminado su pequeña presentación hizo un gesto a Jinx para que se adelantara y comenzase con el discurso-actuación que habían ensayado. Todo era teatro. Necesitaban ver en él al líder carismático que esperaban de la profecía y él debía representar su papel. Cuando llegó el momento, se descubrió el pecho para enseñar la marca del Don, la espiral, y mostró sus poderes jugando a su antojo con el fuego, pues era el elemento que solía impresionar más. Al terminar su representación los presentes estaban eufóricos con sus poderes. Valro tomó la palabra para comunicar a los asistentes que la hora de destronar a Naskay estaba muy cerca y les contó el plan. Cada miembro de la Hermandad debía ceñirse a él, sin saltarse un solo paso, y entonces Ahíndra sería libre al fin.

La reunión no terminó hasta tarde, cuando todos y cada uno de los miembros tenían una copia por escrito (en clave, de manera que solo los pertenecientes a la Hermandad lo entendían) del plan, además antes de salir todo el mundo quería saludar a Jinx y mostrarle su apoyo y respeto. A Jinx se le empezaron a revolver las tripas. Aunque lo que había hecho en la plataforma no era más que teatro, aquella gente tenía de verdad todas sus esperanzas puestas en él. Realmente esperaban que fuera su héroe, que los salvara, que derrotara a Naskay. Jinx no lo conocía, pero se imaginó ante él a un hombre muy alto y corpulento, con barba y pelo enmarañados y ojos pequeños y mezquinos que lo miraban desde arriba con desprecio. Apartó su desagradable visión a un lado cuando vio que en la sala, enorme y abarrotada como estaba antes, solo quedaban ellos, dos mujeres y una chica de su edad, que caminaban en su dirección. Las dos mujeres hablaban apresuradamente y una de ellas iba tapada con una capucha que impedía ver su rostro, mientras que la chica lo miraba fijamente con un gesto de interés.

Nada más llegar hasta donde estaban ellos las dos mujeres dejaron de hablar, la que no tenía la capucha sonrió ampliamente a Sheizhar, que la correspondió con otra sonrisa, y las presentó:

-Jinx, esta es Diedre, tu tía –Dijo señalando a la mujer que le había sonreído, y que ahora le sonreía a Jinx. Era muy guapa, tenía el cabello largo como el de su madre y unos ojos cálidos color miel. Su piel parecía haber sido tostada por el sol en otro tiempo, sin embargo ahora había perdido el color aunque no parecía enferma. Su esbelta figura no impedía que a Jinx le pareciera fuerte, igual que se lo había parecido su madre cuando la vio en la mente de Sheizhar. La verdad es que Diedre se parecía mucho a su hermana, aunque Qalire era dos años menor, así que sería más propio decir que Qalire se parecía a ella. Las dos tenían ese aura de seguridad y fuerza, pero al mismo tiempo inspiraban confianza y, lo que más importó a Jinx en aquellos momentos, calidez.

-Por fin te conozco –Diedre abrazó a un sorprendido Jinx con fuerza, que tras un instante respondió al abrazo.

Una vez se hubieron separado (Jinx más sonriente que nunca hasta el momento), Sheizhar señaló hacia la chica que tendría más o menos su edad y que Jinx ya intuía de quién se podía tratar, y confirmó sus sospechas: era Jaleen, su prima, la hija del hermano menor (Olin) de su madre. Cuando los presentaron los dos se quedaron sin saber qué hacer y se miraron incómodamente hasta que Jaleen le tendió la mano. Era una chica tan segura y fuerte como Diedre y, aunque no tenía el cabello castaño de sus tías, sino que era cobrizo, este también era ondulado y rebelde. Tenía una mirada inteligente y en sus ojos, de un azul oceánico, brillaba una pequeña mancha esmeralda a la derecha de la pupila. Tener una mancha en un ojo entraba dentro de lo considerado normal, pero dos manchas verdes, una en cada ojo, y situadas en el mismo sitio, era sencillamente impensable.

-Me temo que tenemos que dejar los asuntos familiares para más tarde –dijo Diedre muy seria- ahora tenemos que escuchar a nuestra invitada. Lo primero que tenéis que saber es que yo confío en ella, y solo os pido que le deis una oportunidad, que la escuchéis antes de decidir nada –le hizo una señal a la mujer que iba tapada con la capucha y esta se la quitó, dejando a la luz de las antorchas un hermoso rostro enmarcado por un cabello dorado y liso que le caía hasta casi la cintura. De nuevo aquella noche Sheizhar y Valro parecían impactados, pero esta vez Jinx entendió por qué en cuanto Sheizhar habló.

-Ynnea. –casi susurró Sheizhar. Ynnea era la viuda de su padre y la hija de Naskay, el hombre al cual estaban planeando no solo derrotar, sino asesinar.

-Sí, soy yo. No creas que he venido a espiar para luego contárselo a Naskay. Yo también quiero verle muerto –aquello iba perdiendo sentido por momentos. ¿Cómo podía Ynnea, por mucho que fuera un tirano, querer que su padre muriera? Sin embargo era verdad, porque al decirlo un destello de ira y odio se reflejó en sus ojos, llenos de dolor. No cabía duda alguna, aquella mujer buscaba venganza.

-Sentémonos. Presiento que nos va a llevar un tiempo entender esto –dijo Valro señalando unos asientos cercanos, que ocuparon a los pocos segundos.

-Debería haber venido antes, cuando mató a Aralix –al decir su nombre cerró los ojos en un gesto de profundo dolor- pero tenía miedo. No, Sheizhar, no por mí, sino por mi madre. Me dijo que si alguna vez sospechaba que yo hacía algo, por insignificante que pareciese, la mataría. He pasado todos estos años temiendo por su vida y anteayer –sus ojos se inundaron de lágrimas, que le corrían por las mejillas, aunque hacía el esfuerzo de contenerlas- mi madre se escapó, vino a verme y me dijo que huyera. Me... me dijo que en realidad Naskay no era mi padre y que no dudaría en matarme si me interponía en sus planes –dijo Ynnea con la voz entrecortada por los sollozos-. Y entonces... entonces entró él. Lo había oído todo y se enfureció con mi madre por contarme que no era hija suya, aunque él ya lo sabía. Dijo que si no le decía quién era mi verdadero padre la mataría allí mismo y ella... ella dijo... -llegados a este punto le costaba incluso respirar- dijo que ya llevaba muerta mucho tiempo, pero que no permitiría que yo viera cómo él la asesinaba y entonces... sacó un bote de cristal con un líquido transparente, él intentó impedir que lo abriera... yo no sabía qué hacer, y al final se lo tomó y... y entonces cayó al suelo. Naskay le tomó el pulso y me dijo que estaba muerta, pero venía a por mí. Yo salí corriendo, no sé cómo pero al final escapé y ayer, cuando estaba escondida en un rincón, en la calle, escuché que alguien decía que el pequeño jinete había llegado. Así era como llamaba Aralix a su bebé cuando me hablaba de él en el palacio, me asomé un poco desde mi escondite y vi que usted –dijo señalando a Valro- entraba en una casa, así que cuando salió toqué a la puerta y me encontré con Diedre.

Diedre prosiguió, dejando que Ynnea se tranquilizara un poco después de todo lo que había contado.

-Nosotras ya nos conocíamos, Ynnea venía a ver algunas veces a Qalire para comprobar que el embarazo iba bien y muchas de esas veces yo estaba en su casa. Cuando me contó esto supe que tenía que traerla. No puede volver al palacio, la matarán. Ella también es una víctima. –aunque ninguno de los presentes esperaba aquello y Diedre había puesto en peligro a la Hermandad, resolvieron ayudar a Ynnea. Por el momento se quedaría en casa de Diedre, más tarde decidirían si incluirla o no en el plan.

Encomendaron a Jaleen que acompañara a Ynnea a la sala contigua para que descansara mientras terminaban de hablar, y que se quedara con ella por si la necesitaba, pero Jaleen sabía que lo hacían para que ninguna de las dos escuchara lo que iban a decir, y no por la salud de Ynnea.

Sheizhar miró seriamente a Diedre y le dijo que era muy importante que les contara todo lo que supiera sobre lo que estaban a punto de preguntarle. Entonces le enseñaron el colgante de Jinx y, tras mirarlo unos instantes comenzó a relatarles sus conocimientos sobre Nayam, empezando desde el principio.

Qalire le salvó la vida a un hombre muy rico mientras todavía estaba en la sede de la orden, justo al llegar al penúltimo escalón, mientras esperaba que la destinaran a algún sitio. El hombre, como agradecimiento (y porque también se encaprichó de ella) le regaló el colgante con el cristal de Nayatanei. Ella no quería nada con él pero aceptó el regalo porque tuvo una idea, pues había leído sobre ello en un libro de leyendas: se hizo un pequeño corte en el dedo corazón y puso una gota de su sangre en el vértice inferior

de la bipirámide que era el cristal, el cual la absorbió sin cambiar ni un ápice su color o transparencia. La sangre era necesaria para que, al tener el cristal una parte de ella, todo el poder de curación que le imprimiera al cristal quedaría guardado en aquella gota. Se dedicó a imprimirle su poder durante horas todos los días hasta que le dijeron que la destinaban a Raetern. Entonces decidió probar el colgante y, al próximo paciente que llegó, justo unos días antes de que tuviera que irse, lo curó poniéndole el colgante. No hizo falta que utilizara su poder. Fenower, su tutor (superior que se encarga de analizar si un Sanador está preparado para ascender al penúltimo escalón), la sorprendió utilizando el colgante. Qalire le explicó que así podrían curar más rápido y a muchas más personas, aunque no le dijo cómo se hacía para darle el poder al cristal. Pero eso estropearía el negocio que tenía Fenower, que era también la máxima autoridad de la Orden, y que le había llevado tantos años desarrollar, y además comprar más cristales sería demasiado caro. Qalire, al darse cuenta de cómo estaban las cosas en la Orden, se fue por su propia voluntad, pero como Fenower no quería que la gente se enterara de nada, extendió el rumor de que la habían expulsado, así si a Qalire se le ocurría decir algo la gente creería que sería mentira porque estaría intentando vengarse de la Orden.

Cuando volvió a Raetern se lo contó a su hermana mayor, y montó su negocio mientras seguía imprimiendo su poder al cristal hasta que comenzó a refulgir con un brillo especial, entonces supo que la gota ya estaba rebosante de su poder y, según la leyenda, solo con tocar la piel de una persona sana, sin necesidad de que esta tuviera el don de la curación, el cristal se encargaría de regenerar el poder automáticamente, por lo que no se acabaría nunca y no haría falta que el sujeto del que provenía la gota la volviera a rellenar con su poder. Así, el cristal por sí mismo tenía el mismo don que Qalire, el don de la curación.

-Bien, así todo tiene sentido –asintió Valro-. Solo una última cosa, Diedre. ¿Por qué le puso de nombre Nayam? ¿Sabía qué significa?

-Según me dijo, ese era el nombre del cristal de la leyenda. No quería olvidar que en realidad aquello no había sido idea suya, sino de otra persona. No sé si sabía su significado o no. Supongo que eso era lo que había dentro del cofre que te dejaron Aralix y mi hermana, ¿no, Sheizhar? –Inquirió, mirando al Ocluvens con una pequeña sonrisa-

-Como siempre, supones bien, Diedre –Respondió Sheizhar también sonriendo-

Jaleen entró en la gran sala y dijo que, si no se daban prisa, Ynnea se quedaría dormida. Así que se despidieron y los seis tomaron caminos opuestos. Cuando Sheizhar, Valro y Jinx llegaron a la casita de madera, tras volver a pasar por un portal que dejó helado a Jinx, los dos adultos mandaron al chico a dormir, mientras ellos se quedaron hablando en la cocina. Sin embargo, Jinx se quedó a la puerta, espiándolos.

-Tenemos que contárselo. Es importante que lo sepa –Escuchó que decía Sheizhar.

-Sí, pero no ahora. Hoy ya ha recibido demasiada información. Tiene que digerirlo todo primero, y después se lo contaremos. Quién lo iba a decir, ¡una de las Mayores!

-Valro, hay algo que no te he dicho, más que nada porque en su momento no me pareció importante, pero la profecía que se me presentó me nombró protector de Jinx. – Jinx notó que a Sheizhar le temblaba la voz. Hubo un silencio antes de que Valro le respondiera

-Tienes miedo, ¿verdad? –Preguntó el Hulm, con un cierto tono paternal.

-Sí. He intentado que no me lo note desde que me enteré pero estoy aterrorizado – Jinx pudo escuchar que Sheizhar lloraba-. Ahora que la había encontrado a ella... ¡Malditas profecías!

Jinx no quiso escuchar más y corrió sin hacer ruido a su habitación. En el momento en que conoció a Sheizhar este le había parecido una persona muy correcta e inteligente, casi un ser superior, por lo que había hecho en aquel parque y por lo que había sentido al estrecharle la mano, pero ahora lo había oído derrumbarse, y no entendía por qué.

Por la mañana Sheizhar lo despertó igual que había hecho el día anterior y se pusieron a entrenar, Jinx no mencionó nada sobre lo que había escuchado, y Sheizhar tampoco. Los días pasaron, cada uno igual que el anterior, a excepción de que Jinx iba probando cosas en sus entrenamientos, como intentar utilizar su poder sin el cinturón. Había mejorado mucho desde el primer día, pero no se conformaba, no quería que nada fallara en el plan. Tal vez era eso lo que tanto miedo le daba a Sheizhar, así que siempre repasaba con él todos los detalles, demostrándole que los sabía e intentando sonar seguro de sí mismo.

Solo quedaban cinco días para que llegara el momento de poner en marcha el plan, estaban terminando de comer cuando Sheizhar habló.

-Creo que ha llegado el momento de que sepas algo. Hemos intentado darte tiempo para que fueras asimilando todo lo que has descubierto sobre ti y tu familia, pero esto tienes que saberlo. Cuando Valro tradujo las inscripciones de tu cinturón el otro día nos enteramos que la profecía que se me presentó, que es una profecía menor, pertenece en realidad a una profecía muy antigua e importante, de las llamadas Mayores. Hay cinco profecías Mayores y una de ellas habla de un jinete elegido con el poder de sanar que liderará al pueblo hacia la libertad en la “Batalla del Ocaso”, para lo cual despertará a las bestias dormidas y se convertirá en su señor y, montado en una de ellas, derrotará al mal. Pero habrá un coste, y es que el jinete elegido será el último de todos los jinetes, aunque nacerán nuevos dones. Tú eres el jinete elegido, como ya te dijimos, y por lo tanto serás el último Sedebaquo. Ya no habrá nadie más con tu don, nunca.

Jinx se había quedado de piedra. Aquello no tenía nada que ver con lo que él había pensado que significaba. Sin embargo, ahora no entendía qué eran las bestias dormidas, no creía que fueran animales corrientes (si es que los animales de Maní se podían considerar corrientes). Sheizhar respondió a su pregunta incluso antes de haberla exteriorizado.

-Durante este tiempo, Valro y yo hemos estado buscando información acerca de esas bestias dormidas de las que habla la profecía y creemos que ya hemos averiguado a qué se refiere. Son solo leyendas antiguas pero hemos pensado que, al igual que la leyenda

que leyó tu madre sobre Nayam era cierta, pues Valro sabe toda la historia, también otras podían serlo. Y hemos descubierto una que habla de unos seres extraordinarios que poblaban Maní, los describen como bestias enormes que sobrevolaban los cielos con alas de gran envergadura. Tenían la cabeza y las patas delanteras de un ave gigante, pero los cuartos traseros carecían de plumas y, en su lugar, tenían un pelaje de color tostado con una larga cola y unas patas con zarpas. Los llamaban...

-¡Grifos! –Interrumpió Jinx- En la Tierra también hay leyendas que hablan de esos seres mitológicos, y los llaman grifos. Tienen la parte delantera de un águila gigante y la trasera de un león.

-Sí, son esos mismos. La leyenda dice que un Sedebaquo especialmente poderoso condenó a los grifos al sueño eterno porque, cuando estaba en una cacería que había organizado como parte de una fiesta en honor a su prometida, estos le arrebataron una presa antes de que pudiera hacer nada. Se enfadó tanto que los envió a todos a la Cordillera de Keralwat y los disfrazó de piedra para que nadie intentara despertarlos.

-¿Cómo sabéis que es esta la leyenda cierta, y no otra? –Preguntó Jinx, intrigado.

-Porque hemos revisado muchos libros, y todos los que hablaban de la Cordillera la llamaban Lennateg (“colmillos de piedra”), aunque sabemos que se referían a la misma, y a partir de esa fecha la Cordillera pasó a llamarse Keralwat, que en ikés significa “el lecho de los durmientes”. No me mires así, eso es lo que dice Valro y yo me lo creo. – Dijo Sheizhar al ver la cara que ponía Jinx al observar que la traducción al ahindrasí era bastante más larga que una sola palabra en ikés.

-El ikés es muy complicado, unen distintas palabras para formar una sola que tenga el significado de todas las que la componen –contestó Valro, impaciente-. Pero eso no es lo importante. Ahora tenemos que averiguar la manera de despertar a los grifos, y para eso necesitamos tu ayuda.

Se pasaron la tarde los tres juntos, buscando información en antiguos tomos de la biblioteca privada tanto de Sheizhar como de Valro, pero nada de lo que encontraban parecía servir. Sin embargo, a última hora de la tarde ocurrió algo imprevisible. Sheizhar pareció quedarse sin respiración por un momento, después se quedó rígido como una tabla, puso los ojos en blanco y se quedó así durante varios minutos. Cuando volvió en sí estaba algo desorientado, pero en seguida recuperó su compostura y les dijo lo que había pasado.

Había tenido una pequeña visión, ni siquiera lo consideró profecía, pero había visto cómo despertaban a los grifos y debían partir inmediatamente hacia la Cordillera de Keralwat. Emprendieron el viaje a la mañana siguiente, con el alba, pues no podían utilizar un portal, dado que aquellas montañas tenían algo que impedía la formación de los mismos desde otros lugares. No tardaron mucho en llegar, Raetern estaba al noroeste de Ahíndra y tan solo había tres jornadas a pie hasta la Cordillera, pero el trío llegó cuando la Estrella Madre se ponía en el horizonte del segundo día (el día después del cumpleaños de Jinx), pues habían utilizado lensus, unos animales muy parecidos a los caballos, pero más bajos y fuertes, con una cabeza más pequeña y zarpas en lugar de cascos. También había caballos, pero los lensus eran mucho más dóciles.

Acamparon haciendo una especie de cabaña con ramas y hojas y Jinx encendió una hoguera para calentar la cena y caldear la fresca noche. Una vez hubieron cenado se pusieron manos a la obra, no había tiempo que perder. En un alto desde el cual veían toda la cadena montañosa, trazaron una espiral de unos dos metros de diámetro en cuyo centro se situó Jinx. Valro fue colocando un cordón como el que tenía Nayam en el círculo exterior de la espiral dibujada en el suelo y cuando terminó, se hizo a un lado. Su labor allí había concluido. Sheizhar se puso detrás de Jinx, a unos metros de la espiral, y miró hacia el cielo nocturno. Jinx ya sabía lo que tenía que hacer, se lo había dicho el Ocluvens. Tenía que concentrar todo su poder, sin llegar a utilizarlo, dentro del círculo que contenía la espiral. Se concentró todo lo que pudo, comenzaba a notar un suave cosquilleo en las palmas de las manos, pero ese cosquilleo se hacía cada vez más y más caliente hasta que le pareció que aquella temperatura debería quemarle, aunque no sintiera dolor. No se atrevió a abrir los ojos para comprobarlo. Continuó concentrando su poder en aquel lugar como si fuese un recipiente con forma esférica y notó como el peso de Nayam sobre su pecho disminuía, comprendió que estaba levitando, mezclando los dos poderes, el de su madre y el suyo, en aquella esfera. Aunque continuaba con los párpados fuertemente apretados podía ver un tenue brillo de tonos anaranjados, el brillo aumentaba a medida que lo hacía el calor, o al revés.

Sheizhar, apartado como estaba, comenzó a preocuparse por Jinx, el brillo anaranjado era tan denso que ya solo veía su silueta, aunque intentó no distraerse y siguió mirando al firmamento plagado de estrellas. Aquel brillo debería haberlo cegado con un dolor sin igual, pero Sheizhar solo sentía un ligero escozor en los ojos; era el Ocluvens protector del jinete elegido y aquello no podía dañarlo, aunque Valro había tenido que echarse al suelo y taparse la cabeza con las mangas de la túnica. Ya no veía a Jinx, solo una gran esfera naranja, de la que brotaban rápidas chispas aquí y allá. Justo en el momento en el que la luna llena se situó entre dos estrellas brillantes, alineándose con ellas por encima de las montañas, Sheizhar gritó: -¡Ahora!

Jinx dirigió todo su poder hacia delante, en dirección a la cordillera, que se iluminó casi como si fuera de día con el poder liberado de Jinx. Él seguía muy concentrado, ahora tenía que expandir su poder por todas las montañas, no solo las primeras, así que cogió un extremo del cordón que había colocado Valro y se centró en lo que le transmitía la mezcla de metales. Era una sensación que le llevaba a extender su poder más y más allá. Por fin se atrevió a abrir los ojos y vio que absolutamente todas aquellas grandes elevaciones estaban bañadas por aquella luz anaranjada. De pronto, unas siluetas aladas comenzaron a alzarse por encima de las montañas, eran cada vez más y de ellas se desprendían algunos fragmentos de lo que parecía roca, que caían hasta chocar contra el suelo y hacerse polvo. Jinx observó su destreza con las alas: hacían piruetas, caían en picado a una velocidad de vértigo para después, cuando parecía que se iban a estrellar, remontar el vuelo y alzarse más alto. Oyó sus chillidos de alegría y le pusieron los pelos de punta, estaban ahí gracias a él. La luz se hacía cada vez más tenue, pero vio que una de aquellas majestuosas siluetas iba en su dirección, y las demás comenzaron a seguirla.

La primera silueta se fue dibujando poco a poco en el firmamento y sus rasgos empezaron a ser visibles. Un gran grifo de extensas alas con dorado plumaje y

poterosas patas venía a su encuentro. A pesar de su enorme tamaño, la bestia se posó con delicada suavidad en el suelo, ante Jinx, inclinó su emplumada cabeza en señal de respeto, y clavó sus grandes ojos ambarinos en los de un agotado Jinx, que escuchó en su mente una voz suave y melodiosa, que no hablaba en ningún idioma y a la vez en todos.

“Le damos las gracias, joven humano. Su poder nos ha liberado del sueño en el que estábamos sumidos y por ello estamos en deuda. Yo soy Lennya, matriarca de la Gran Manada, y desde ahora quedo a su servicio. Le pido que me diga su nombre, joven humano, para poder entablar el lazo.”

Jinx estaba perplejo, no sabía que los grifos tuvieran telepatía y ahora uno de ellos, más bien la jefa de ellos, le estaba preguntando su nombre y él no sabía cómo decirlo por telepatía, ¿le entendería si lo decía hablando? No lo sabía, así que intentó pensar en su nombre lo más claramente posible, y lo escuchó también en su mente: “Jinx.”

Tras Lennya se habían posado el resto de grifos, cientos y cientos de ellos, grandes y pequeños (aunque ninguno más grande que Lennya), los había de distintos colores, aunque los más abundantes eran el marrón oscuro, tostado y el cobrizo, sin embargo había alguno con alas plateadas y cuerpo grisáceo, del blanco más puro desde las plumas de la cabeza al último pelo de la cola, y uno completamente negro, como si la misma noche hubiese querido cubrirlo con su manto de profunda oscuridad, brillante e imponente.

Cuando Jinx hubo explicado a Lennya la situación en la que estaba Ahíndra, esta le dio su palabra de ayudarlo pero antes tenían que reponerse de aquel sueño, tenían que alimentarse, así que ambos acordaron volver a reunirse en aquel mismo sitio antes del amanecer. Lennya volvió a inclinarse, y aquella vez lo hicieron también el resto de grifos de la Gran Manada, Jinx imitó el gesto y, al fin, todos levantaron el vuelo para irse de caza.

Valro y Sheizhar, que habían observado la escena desde una distancia prudencial, estaban asombrados. Jamás habían visto semejantes seres, que causaban en ellos una curiosa mezcla entre miedo, respeto y admiración.

Aquella noche Jinx cayó agotado y durmió hasta que Sheizhar lo despertó, poco antes del alba, para reunirse con la matriarca de la Gran Manada. Nadie debía verlos hasta el momento preciso, así que lo planearon todo con Lennya y con Gaeront (el número dos de la manada, por decirlo de alguna manera), el grifo negro, que en seguida comenzó entenderse a la perfección con Sheizhar y también entablaron el lazo, como le había dicho Lennya a Jinx la noche anterior. Según ellos, aquello significaba que le juraban lealtad hasta la muerte, y que tendrían una compleja conexión de la que pronto se darían cuenta.

Los tres volvieron en sus respectivos lensus a su casita de Raetern, aunque se dieron mucha más prisa y llegaron después del mediodía. Todo debía estar a punto para el plan, que se llevaría a cabo aquella tarde, al llegar el crepúsculo. Jinx creía que pasarían la tarde los tres juntos, repasando el plan, pero Sheizhar se encerró en su habitación y Valro le dijo que lo dejara, que era algo que el Ocluvens debía solucionar él solo.

Sheizhar se encontraba sentado en la cama, en el rostro un gesto ausente, una mirada perdida. En aquellos momentos tenía lugar, en su mente, un duelo de pensamientos encontrados. Por un lado, todo lo que le habían enseñado en el Ocustel, su fe ciega en la precisión y credibilidad de su don y en la irrevocabilidad de una profecía; por otro, le era imposible aceptar su destino, no quería creerlo, tenía que haber algo que pudiera hacer contra esa parte de la profecía, para evitar lo inevitable: su muerte.

Había una parte de la profecía de las Mayores que no le habían contado a Jinx, el alma de su denominado “protector” estaba condenada a abandonar su cuerpo aquella misma tarde, y ese no era otro que Sheizhar. El hilo que lo unía a la vida se hacía cada vez más fino a medida que pasaban las horas, y no podía pensar en otra cosa que no fuera que se iba a morir, y que iba a dejar a Diedre para siempre. Aunque tal vez aquel vacío no le doliera después de muerto, pero no por ello dejaba de preocuparle. Finalmente se dijo que enfrentaría su destino con la cabeza alta y no como un cobarde, si había de morir lo haría luchando por su vida y por la libertad de su pueblo.

Llegó la hora de partir, ese día el tirano celebraría sus dieciséis años de poder como todos los anteriores; congregaría a la población de la ciudad en la colina de Alyner justo antes del crepúsculo para que, como cada año, observaran la ejecución de uno de sus prisioneros. Al hacerse con el poder había encarcelado a los componentes de la Cámara más allegados de Aralix para evitar una revolución (aunque al principio sí había habido revueltas, las cosas se fueron calmando por la fuerza) y, ¿qué mejor manera de asegurarse de mantener controlada a la población que ver qué le ocurre a los que no están de su parte? Lo obligaba a arrodillarse bajo el sauce llorón que presidía la colina y entonces ordenaba a alguien de su guardia que le cortase la cabeza con una enorme hacha a la que llamaba Tisya, muerte en ikés. Un espectáculo de sangre para su deleite.

Aquel año el prisionero era uno de los más grandes amigos que tuvo el padre de Jinx, y así se lo hizo saber Sheizhar. Al igual que el resto de la Hermandad, ellos ya estaban en sus puestos y, cuando el condenado llegó a la cima de la colina con los últimos rayos de la Estrella Madre iluminando su rostro, apareció en el cielo una gran espiral formada por una especie de nubes que adquirieron tonos violáceos. Durante un momento todo se paralizó mientras la multitud observaba aquel fenómeno y, de repente, el infierno. Lo que parecían nubes estallaron en llamas y la tierra de la colina comenzó a abrirse, separando a los guardias del prisionero, y también de Naskay. Sobre los guardias cayeron los miembros de la Hermandad, todos vestidos de púrpura con una espiral negra en el pecho. Mientras los guardias regaban con su sangre la tierra seca y desnuda de la base sur de la colina, Naskay sucumbía al pánico al verse aislado en un pequeño cerco. Hubiera podido saltar, pues la grieta que lo separaba del resto de la colina no era demasiado ancha, sin embargo de esta nacía un fuego que parecía haber surgido de la nada. Vio que los árboles del bosque que comenzaba a unos cien metros de la colina comenzaban a moverse misteriosamente y, cuando un gigantesco animal que nunca antes había visto salió volando de entre aquellos árboles y se dio cuenta que se dirigía hacia él, no le importó el fuego, estaba dispuesto a saltar. Sin embargo, algo lo detuvo, una rama del sauce de la colina le había alcanzado y se enrollaba sobre su cuello. Intentó sacar la daga de su cinturón apresuradamente, pero la rama apretaba su garganta cada vez con más fuerza y pataleó en el aire, intentando desasirse de ella, pero esta no

aflojó hasta que los puntitos brillantes que empezaban a nublar su visión, desaparecieron. La rama se desenroscó de su cuello y el cuerpo sin vida de Naskay cayó al suelo, boca arriba, con los ojos abiertos adornados de diminutas petequias escarlata.

Se suponía que era lo que tenía que hacer, que aquello era su deber y, al haberlo cumplido, debería sentirse mejor. Era Jinx, no tenía más elección que matarlo, y además se lo merecía: era un tirano y un asesino sin escrúpulos. Pero no podía alegrarse por lo que había hecho, había quitado una vida, no le había dado la oportunidad de arrepentirse o del destierro. Simplemente lo había matado. Le entraron ganas de vomitar, aunque se resistió. Se dio la vuelta con la intención de llamar a Lennya, pero lo que encontró le heló la sangre: vio a su escolta, la persona que debía protegerle mientras concentraba toda su atención en su misión, tendido en el suelo y con una pequeña daga clavada en el cuello. Allí, prácticamente a sus pies, yacía la única persona de la Hermandad que vestía de negro porque esa era siempre su indumentaria, la persona que le había llevado a aquel lugar, su hogar. Sheizhar luchaba por cada bocanada de aire, pero lo único que entraba en sus pulmones era un líquido espeso y rojizo que sabía a hierro. Jinx se arrodilló junto a él sin saber qué hacer, estaba aterrorizado y las lágrimas le nublaban la vista. No podía morir, él, que le había guiado hasta esta tierra, que le había descubierto su verdadera naturaleza, que le había enseñado a despertar a los grifos, no podía simplemente desaparecer de su vida.

De pronto, una sombra cubrió a ambos, era Gaeront. Le dijo telepáticamente que montaran los dos en su lomo, Jinx subió como pudo a Sheizhar, intentando no moverlo demasiado para impedir que se desangrara, y después montó él también. Gaeront los llevó al bosque y los dejó en un claro, allí tumbaron a Sheizhar, con cuidado le quitaron la daga del cuello, lo que hizo que la sangre saliera aún más deprisa, manaba de él como el agua de una fuente en primavera. La vida se le escapaba sin cesar y goteaba en la hierba, caliente y roja. Jinx se quitó el colgante de su madre y se lo puso a Sheizhar lo más rápido que pudo, vio como empezó a refulgir con un brillo extraño, casi sobrenatural, pero la herida no se cerraba con la suficiente rapidez.

Lennya debió sentir el dolor de Jinx o de Gaeront, porque apareció en el claro sin que hubiera pasado un minuto desde que aterrizaran allí. La matriarca miró al otro grifo y asintió, levantando el vuelo de nuevo. Reapareció al momento, con dos figuras femeninas montadas en su lomo: Diedre y Jaleen. La primera se arrodilló junto al cuerpo moribundo de Sheizhar, llorando, mientras la segunda simplemente miraba al grifo negro, aparentemente en calma. Al cabo, Jaleen apartó a Diedre y también se arrodilló, y a su lado se tendió Gaeront. La muchacha cerró los ojos y puso una mano en cada uno, Nayam brilló con más fuerza, pero el grifo sufría unos terribles espasmos. Jinx entendió lo que estaba pasando, Gaeront iba a dar su vida para salvar la de Sheizhar. Jinx no quería que ninguno de los dos muriera, así que no sabía cómo sentirse. Sin embargo, Jinx no había comprendido del todo el proceso que se estaba llevando a cabo, ninguno de los dos iba a morir, sino que uno de ellos iba a abandonar su cuerpo, y ese era Sheizhar. Cuando Nayam dejó de relucir y Jaleen apartó las manos, el cuerpo de Sheizhar yacía sin vida tendido en la hierba, pero el del grifo se levantaba y, con él, dos almas: la de Gaeront y la de Sheizhar.

Aquella insólita escena estaba a punto de convertirse en más extraordinaria aún, cuando una voz, similar a la de Sheizhar pero con un sonido más gutural, salió del grifo:

-Gracias por tu esfuerzo—Dijo a Jaleen-. Jinx, ahora no podré volver a acompañarte a Londres, pero estoy seguro de que ya no necesitas a nadie. Has hecho todo lo que se esperaba de ti y mucho más, estoy muy orgulloso —escuchar eso del pico de un grifo era un poco turbador, pero Jinx se emocionó igual. Sheizhar seguía vivo y estaba orgulloso de él, no podía pedir más-. En cuanto a ti, Diedre —su mirada se suavizó visiblemente-, ya lo sabes todo. Siento mucho que esto tenga que ser un final, no volveré a ser el mismo y no podré ser un verdadero padre para ella, (sí, es una niña) pero al menos podré verla crecer. Ahora tengo que irme, nuestras almas tardarán unos días en fusionarse, y entonces podré volver.

Dicho esto, el grifo salió volando en dirección a Keralwat, pues a pesar de haber sido aquella su prisión durante tantos siglos, la costumbre había hecho que lo considerara ahora su hogar. Sin embargo, no podían quedarse a contemplar su vuelo, más allá del claro aún se estaba librando una batalla y debían volver. Lennya llamó telepáticamente a dos grifos para que vinieran a recoger a Diedre y a Jaleen, mientras tanto Jinx pidió a su tía que se pusiera el colgante. De haber sabido que estaba embarazada se lo habría dado mucho antes. No podía pedirle que abandonara la lucha, porque era una decisión que no le correspondía a él, y entendía su necesidad de quedarse, pero podía intentar proteger al bebé. Jaleen estuvo de acuerdo con él, y ella sabía mucho mejor de lo que hablaba, pues era Sanadora aunque, al igual que su difunta tía, había renegado de la Orden.

A los pocos segundos de ponerse Diedre a Nayam, aparecieron en el claro el grifo níveo, en el que se montó la embarazada, y el de alas plateadas, que fue la montura de la joven Sanadora. Desde allí alzaron el vuelo para volver a la colina de Alyner, donde seguía desarrollándose una batalla encarnizada. Jinx, a lomos de Lennya, iba en cabeza hacia el centro de la acción. Hizo a un lado los recientes recuerdos de su amigo a punto de morir para concentrarse en la batalla. Desde arriba podía ver cómo los guardias de Naskay, que probablemente ni siquiera se hubieran dado cuenta de que había muerto, se defendían ferozmente de los poderosos ataques de los miembros de la Hermandad, pero vio también moribundos, de uno y otro bando, y muertos, sobretodo muertos. Estaban por todas partes de la colina: sobre la tierra al sur, tiñendo de rojo la hierba de la pradera al este, formando ángulos extraños en las rocas al oeste, o con su ciega mirada fija en el cielo al norte.

No quería más muertes, aquello era innecesario. Estaba seguro de que si los guardias se enteraban de que Naskay estaba muerto dejarían de luchar, así que comenzó a gritar informándolos de la muerte del tirano.

No vio que un arquero tensaba la cuerda de su arco, pero sí sintió la saeta que, como un rayo, atravesó su carne llegando hasta su corazón. Un chillido agudo y desgarrador hendió el aire. No era de Jinx, que ya había exhalado su último aliento, sino de Lennya que, debido a su lazo con él, había sentido un inmenso dolor con su muerte. Tanto que no pudo seguir volando y se precipitó hacia el suelo, cayendo sobre un costado y atrapando el cuerpo sin vida de Jinx con el suyo.

Al escuchar el alarido de dolor del grifo, la Gran Manada en su totalidad remontó el vuelo hacia lo alto, Diedre sabía lo que harían, caerían en picado sobre los guardias restantes para acabar con ellos, pero Jinx quería parar aquello y se dijo que era su obligación intentarlo. Así que alzó la voz cuanto pudo al decir: “¡Guardias, rendíos o morid!”. Los grifos escucharon aquel mensaje y se detuvieron para esperar a ver la reacción de los aludidos. Estos miraron a su alrededor y se vieron rodeados por los miembros de la Hermandad y el pueblo de Raetern, que se había unido a la lucha, y sobre sus cabezas se alzaban cientos de aquellas monstruosas criaturas, que podrían despedazarlos con solo un zarpazo. Finalmente, uno a uno todos depositaron las armas, y los grifos posaron sus patas en el suelo con delicadeza para llorar la pérdida de su matriarca, que había caído con el héroe de la profecía.

Sintió, como tantas otras veces, que pasaba a través de una cascada helada. Volvía de la Tierra. Aunque él nunca había estado allí, Garlez, que así se había bautizado el grifo con las almas fusionadas de Gaeront y Sheizhar, le había indicado cómo llegar hasta la casa de los padres de Jinx. El viejo Hulm, que en un principio había mostrado casi indiferencia hacia el muchacho, nunca antes se había enfrentado a una situación tan difícil. Acababa de contar a los padres de Jinx que jamás volverían a ver a su hijo, que había sacrificado su vida por recuperar la libertad de un pueblo que acababa de conocer. Vio en sus ojos la inmensidad de su sufrimiento y, aunque supo que no serviría de nada, dijo las palabras que Jinx nunca había oído de su boca:

-Se ganó el respeto.

Se movió despacio por la cocina, le parecía que en cualquier momento aparecería el muchacho de pelo rebelde con alguna nueva proeza que contar. Pero no, Jinx no volvería, y si no se daba prisa Valro llegaría tarde a su Ceremonia de Honor. Salió al jardín y cortó dos flores de asfódelo.

Cuando llegó a la colina de Alyner había ya unas cuantas personas y tres grifos. No era algo público, sino una ceremonia íntima en honor a Jinx y Lennya. Diedre, que había sido elegida nueva reina de Ahíndra, presidía el acto. Valro colocó una flor en cada montículo de tierra que daba cuenta de los dos enterramientos y dio unos pasos hacia atrás, en silencio.

Mientras, en Londres, un muchacho llamado Evan leía una y otra vez, sin llegar a entender su completo significado, una nota de papel firmada por su mejor amigo:

“Tenía razón, mi momento ha llegado. Pero tú no tenías por qué saberlo, así que te pido perdón por mi comportamiento y, por si no nos volvemos a ver; gracias por existir. Firmado: Jinx”.